

R

Resurrección

CRISTIAN JARA ALVARADO

Si vieras la cara del negro Pepe cuando supo que volvieron a rechazar su proyecto. Ahí empezó todo. La letra de esa carta que recibí anoche es suya. No me cabe la menor duda. Ernesto le tenía cólera y el negro, rencor. No sé si es pena lo que siento, rabia y pena, impotencia, no sé. Hecho una fiera el negro le exigió una explicación a Ernesto o por lo menos, le dijera qué le faltaba al proyecto sobre la presencia de los negros en el Perú que tantos meses le había costado elaborar. Se alteró el negro y sus gritos, dormidos durante tanto tiempo se oyeron hasta el tercer piso. Ernesto le dijo que cogiera sus cosas, negro de mierda y se largara de una puta vez, ¡qué se había creído!, con quién creía que estaba hablando y sin despedirse el negro se fue. Me dijo chau porque me lo encontré en el pasillo. Sudaba y en vez de irse, le dio por esperar en la puerta del local, amenazante. Me asomé a la ventana y lo vi. Dieron las seis de la tarde. Hacía frío. Pero el negro seguía ahí. Ernesto prefería evitar cruzárselo. Subió donde nosotros a preguntar si sabíamos qué esperaba el negro. No sé, le dije, pero me olía mal. Ese día, el negro, cansado de tanta espera, estornudando se fue pero al día siguiente volvió y cada vez, se iba más tarde, cada vez más terco. Como si estuviera elaborando un plan. Eso parecía y una noche, no aguantó o mejor dicho, aguantó más que nunca y como Ernesto, por evitarlo, soportaba menos

la idea de marcharse tardísimo de la oficina, se vieron cara a cara. El negro Pepe llorando le gritó que lo dejara regresar, que ya le daba lo mismo el trabajo de los negros en el Perú, pero que no aguantaba seguir sin trabajar, le exigió plata entonces, “ten misericordia y dame cincuenta soles, mi mujer está postrada con cáncer”. Y las medicinas carísimas y el negro sin trabajo, imagínate. Con un cuchillo lo amenazó, un cuchillo ancho de cocina y Ernesto pálido y temblando abrió su billetera “toma y no quiero verte más por aquí”. Cincuenta soles le dio. A los tres días se presentó el negro con la cara chupada y los ojos hundidos, parecía otro, yo no lo vi, Diómedes estuvo ahí, el portero ¿te acuerdas? “vete de aquí, tú ya no trabajas aquí, que te vayas te digo”. Fue una de esas madrugadas de errores incorregibles de la revista. Ernesto iba para su coche y Pepe, oculto tras unos arbustos lo tomó de un brazo, “¿Ya te olvidaste de nuestras borracheras en el Queirolo? ¿No te acuerdas que queríamos cambiar el Perú? ¿Dónde está el César Vallejo de los golpes duros? ¿El Mariategui de toda tu alma? ¡Mentiroso!”. Diómedes, por orden explícita de Ernesto golpeó con un palo de escoba al negro en la espalda, al “negro de mierda” y lo obligó a correr como lagartija y lo encontraron en las orillas de Los Pavos carbonizado. La prensa, por el modus operandi del crimen, se ocupó de relacionar al servicio de inteligencia. No hacía mucho que Ricardo Uceda de la revista Sí, acababa de hallar una fosa con nueve estudiantes y un profesor carbonizados. ¿Te acuerdas? El negro era medio

comunista, medio socialista, medio anarquista. Nunca se mostró a favor del radicalismo extremo de patria roja, aunque de broma y estando bebido le salía su venita revolucionaria aquello de con las masas y las armas venceremos, pero lo hacía en broma. En el fondo era bueno y humilde. Tuvo miedo de las armas y fue más bien uno de los vencidos. Era noble. En cambio Ernesto, ése, ni siquiera sospechoso. ¿Qué se iban a meter con él? Sería absurdo vincularlo con un asesinato así. No hizo comentario alguno por lo sucedido y como siempre, escuchaba sin escuchar y si atendía a las campesinas de Ayahuanco era porque así, las financieras desembolsaban dinero rápidamente pues tenían en cuenta el contexto sufrido en la sierra y confiaban en él.

Olvidado el escándalo de la muerte del negro, se celebró la fiesta anual de la Ong, creo que fue en noviembre, si, un poco antes de navidad y se contrató el Casino de Policía con bufete criollo y todo. Ese día, los comentarios respecto al negro se oían por lo bajo, los murmullos, tú sabes, chismosa la gente y Ernesto no se presentó. Su móvil no contestaba. En su casa no había nadie. A las doce y media de la noche la noticia corrió como pólvora con la confirmación de que el cadáver encontrado colgado del puente Bauzate y Meza era de él. Lo hallaron sin ojos y sin lengua con un cartel pegado en el pecho que decía "Mentiroso", y de inmediato se desató otro escándalo a nivel nacional. La prensa trató de culpar a la familia del negro Pepe. Se armó un tremendo escándalo. La República publicó fotos de Ernesto y Pepe corriendo en las marchas populares, trepados en una montaña, juntos en los disturbios universitarios, juntos en las borracheras, abrasados, jóvenes, con expresión infantil en los rostros. Producía ternura verlos así.

Yo nunca había estado en una cárcel de máxima seguridad. Rápido contestaron mi solicitud de visita al

penal. Pertenecer a una Ong de derechos humanos te da ciertas ventajas. Quería ir a Castro antes de marcharme. En el trayecto, me acordé que los únicos amigos de Ernesto, es decir los, Berkemeyer, los Roselló, los Costa Letherstein, serían incapaces de arrojar al negro Pepe a la playa los Pavos, vamos, serían incapaces de estrecharle siquiera la mano, pero tenía mis dudas de sus vínculos con el grupo León dormido, del servicio de inteligencia. Ellos eran capaces de matar al negro, de descuartizar a una mujer embarazada, incluso. Por otra parte lo que sí le sobraba a Ernesto eran los enemigos. Los más acérrimos, se supo después, fueron los hermanos del negro Pepe, tremendos gigantes, su mujer, guapísima, pero desmejorada por el cáncer y los primos, jóvenes promesas del Fútbol nacional, los tíos y parientes lejanos que incluso vinieron de El Carmen y exhibieron su habilidad para el zapateo, al final, sin asco se declararon culpables carajo, y armados de valor, abriendo los ojos como si a todos les hubiesen practicado el mismo hechizo, se presentaron en la comisaría bajo las órdenes del hermano del negro que, a diferencia del resto de su familia, tenía preparación universitaria y no por ello, menos ira. Con el tiempo, la gente le restó importancia al asunto, te hablo de la gente del trabajo que lo daba por concluido y en cualquier conversación evitaban el tema. Tal vez el hermano del negro podía saber algo porque entre otras cosas, cuando el tema se presentaba a la polémica en los diarios, se rumoreaba que el negro, apenas cometido el crimen, se había largado del país. Ya sabes cómo es la prensa. Por eso fui al penal. Por más parecido físico que tuviera con su hermano, los amigos identifican a los amigos. Por eso fui. El negro vive. Ayer lo vi. Me pidió hojas y recibí de sus manos un proyecto de reforma del Estado que, según él, hará que cambie la cosa. 🐉